



JURADO TÉCNICO

Primer Premio	<i>El depósito de cadáveres</i>	Marcos Díaz-Bajo Vázquez <i>Mozo de almacén de cocina</i>
---------------	---------------------------------	--

Cena para dos personas en Maridaje Divino
www.maridajedivino.com

Sí, es verdad: los cadáveres se tiran pedos, sobre todo si están frescos, de tres días o menos. La comida almacenada en su intestino hace que el cuerpo se hinche y provoca flatulencias; pero los forenses están tan acostumbrados a las ventosidades del más allá que, en la mayoría de los casos, éstas no suscitan ni un triste comentario, por lo menos entre los veteranos.

Rodrigo era uno de aquellos samuráis del esarpelo y la sierra: serio, curtido, pragmático; había quien pensaba que los cadáveres le hablaban, que le dictaban los informes. Fuese cual fuese, su método de trabajo era un secreto bien guardado. «País de nacimiento de Juan Sebastián Elcano; seis letras». Rodrigo golpeó con el lápiz sobre el crucigrama y revisó los huecos que tenía rellenos; terminaba en «a». Miró el reloj: quedaban dos minutos para que acabase su descanso, y era la última palabra. Junto a él, sobre la camilla, su joven paciente esperaba a que apurase el cigarrillo.

Brenda Ruiz era una chica alta, rubia, de unos veinte años, bastante guapa. Había muerto ahogada, lo que siempre aceleraba el proceso de descomposición del cuerpo. De hecho, lo único que mantenía su forma original eran sus voluptuosos pechos operados y sus perfilados labios de muñeca, todavía rellenos de ácido hialurónico.

Sin estudios, sin pareja estable y sin un céntimo a su nombre; aun así su ropa era cara, rozando lo excéntrico: bolso de Gucci, botines de piel de iguana, blusa de Prada... Hasta el tanga era de marca.

—Ésta no sabe ni deletrear su nombre —dijo Carmen Mena, una de las estudiantes de prácticas más prometedoras de Rodrigo, al verla por primera vez.

—Brenda, ¿Elcano nació en Italia? —Se escuchó una larga pedorreta. Rodrigo frunció el entrecejo y volvió la cabeza. —Entonces, ¿en España?

Tras unos segundos, se escucharon dos sonidos más cortos, seguidos. Rodrigo escribió «España» y consultó la última página de la revista, donde estaban las soluciones. Se sonrió, cogió el cuaderno donde apuntaba las evaluaciones de sus alumnos y le bajó un punto a Carmen. —No hay que juzgar un libro por las tapas, jovencita —dijo, y apagó el cigarrillo.



JURADO TÉCNICO

Segundo Premio	<i>No todos los cuentos tienen final feliz</i>	M ^a Elvira López Puerma <i>Enfermera de quirófano</i>
----------------	--	---

*Cheque regalo de la **Libre de Barrio de Leganés***

“Icen velas y leven anclas”. Así empezaba el cuento que más gustaba a Zareb. Sus enormes ojos negros, brillaban en la oscuridad mucho tiempo después de que sus compañeros de habitación se durmieran. A María, una de las cuidadoras del centro de acogida, le gustaba leer cuentos a los niños y mirar sus ilusionadas caritas. Zareb no entendía por qué su viaje no fue como el del cuento.

Cuando se montaron en la barcaza, estaba tan asustado que ninguna fuerza sobrenatural hubiera hecho que se separara de su madre. Ella le abrazaba, le besaba, le decía al oído que todo iba a ir bien, que llegarían a un lugar mejor, donde habría comida, lapiceros de colores y balones de fútbol de verdad. Pero en su viaje no hubo marineros valientes decididos a conquistar un nuevo mundo. Ni personas gritando en la orilla deseándoles buen viaje. En el suyo hubo frío, oscuridad, silencio... sólo el calor de su madre conseguía calmarle un poco.

Cuando las olas empezaron a rugir, pensó que les tragarían como los sapos de su aldea se tragan a las moscas. Su madre le abrazaba tan fuerte que le costaba respirar. Le cantaba al oído la canción de dormir, pero su temblorosa voz no llegaba a calmarle. De repente, con un aterrador crujido, cayeron al agua y todo desapareció. Al despertar, no sabía que había pasado ni donde estaba. Muchas personas a su alrededor le sonreían y decían palabras que no entendía. Ahora a Zareb, a sus seis años, le gustaría volver al mar, como un valiente marinero dispuesto a buscar el tesoro que allí perdió... a su madre.



JURADO TÉCNICO

Tercer Premio	<i>Bajel pirata</i>	Javier Martín Ramiro <i>Cirujano</i>
---------------	---------------------	---

Lote de libros de la Fundación Alonso Quijano

Por fin había dejado de llover. Riachuelos de aguas fangosas arrastraban hojas, colillas y papeles abandonados hacia las cataratas que se formaban en los sumideros de las alcantarillas, mientras los charcos reflejaban la luz de las farolas mostrando luminosas islas dispersas por las aceras.

Aún no era la hora de cenar y Carlos pudo por fin salir de casa, con la promesa de no alejarse ni cruzar la calle. Tenía que probar el barco que llevaba toda la tarde haciendo con su hermano mayor. Primero el diseño con lápiz y papel, su hermano quería ser ingeniero; luego la construcción con el papel de estraza que envolvía la fruta que había comprado mamá esa mañana y por fin, el toque maestro, usar parafina derretida para cubrir el papel y que durara mucho más en el agua sin deshacerse.

Carlos se puso las botas de goma, el impermeable y con un adiós mamá salió a la calle, bajó corriendo las escaleras, y allí estaba, el turbulento mar de oriente que tendría que capear su recién estrenado galeón pirata. - Icen velas y leven anclas, caballeros - gritó al viento mientras depositaba con infinito cuidado su bajel en el torrente de agua que descendía por su calle hacia el cruce con la calle de Miguel, su mejor amigo.

El barco cabeceó inicialmente, como dudando donde dirigirse, pero el destino, y la fuerza del agua lo tomaron en sus brazos e inició su singladura. Se hundió, cabeceó, y como un ave fénix surgió de entre las aguas cobrando cada vez más velocidad. A veinte metros una oscura boca tragaba toda el agua que llegaba, así como a todos los navegantes que se habían atrevido a surcarla. El barco llegó antes que Carlos y se sumió en la negrura de la alcantarilla, Carlitos se agachó, intentando recuperarlo, pero lo último que vio fueron unos brillantes ojos ribeteados de blanco cuando las manos que le agarraron le hicieron caer a la alcantarilla.



JURADO POPULAR

Primer Premio	<i>Icen velas, leven anclas</i>	Equipo de Paritorio
---------------	---------------------------------	---------------------

*Cena para dos personas en **Maridaje Divino***
www.maridajedivino.com

Montse, te has ido. Nos has dejado sin palabras, sin alegría, sin ganas de lucha, sin tu compañía... Desde estas letras nos despedimos, pero sólo con el cuerpo, ya que permaneces en nuestro pensamiento y sobre todo en cada uno de los corazones de todos los que te hemos conocido. Aún hoy esperamos que se abra la puerta del paritorio y vuelvas a entrar por ella. Era muy fácil verte entrar sonriendo y desprendiendo alegría y optimismo para empezar el turno. Una magnífica matrona, compañera, amiga, madre, esposa, hija, hermana pero sobre todo, una gran persona.

En estos tiempos en los que se han ido tantas vidas, nadie podía imaginar que tú fueras a ser una de ellas, aún nos parece increíble y nos haces mucha falta. Luchamos cada día por cuidar a los que nos rodean. Vivimos momentos mágicos acompañando a las familias en el recibimiento de nuevas vidas y en éste, tu viaje de partida, no te hemos podido ni dar la mano.

Nos quedan tus risas, tus alegrías, tus comadreos, toda la luz que siempre has desprendido. Mientras no olvidemos todas estas facetas que tanto te caracterizan, estarás entre nosotras. Has cogido un rumbo sin retorno, pero siempre continuarás presente en nuestros recuerdos. Te deseamos un feliz viaje... "Icen velas y leven anclas".



JURADO POPULAR

Segundo Premio	<i>Un terrible baobab</i>	Isabel Alonso Martínez <i>Oftalmóloga</i>
----------------	---------------------------	--

*Cheque regalo de la **Libre de Barrio de Leganés***

Hace apenas dos semanas un sobrino-nieto de Antonie de Saint-Exupéry inauguró una exposición en París con los manuscritos originales de “El principito”. Mis hijos tienen cada uno su principito, fue uno de los primeros regalos que les dejaron unos ilusionados Reyes Magos, cuando comenzaron a descubrir la magia de las palabras. Antoine escribió ese precioso libro en Nueva York, se autoexilió cuando Hitler tomó la capital francesa.

Me sorprendió que el sobrino-nieto de Antoine le comentara a un asistente a la exposición, que “El principito” es uno de los libros preferidos de Putin (al parecer ha citado en varias ocasiones párrafos suyos en sus discursos). No, no creo que Antoine gestara esa preciosidad de libro inspirado por personas como usted Sr. Putin. Su libro no es ese, le sobra el diminutivo. “El príncipe” quizá estaría mejor como libro habitual en su mesilla de noche, y seguro que a Maquiavelo no le molestaría. No ha entendido nada de “El principito”, quizá porque lo esencial de esas deliciosas páginas es invisible a sus ojos, se ve con el alma y un buen corazón (usted carece de los dos).

Quizá usted solamente sea un terrible baobab, que con sus depredadoras raíces quiere acabar con nuestro planeta. Deseo de corazón que no lo consiga. Y no, no le recordará la historia por gestas como la de Magallanes, se le recordará con el dolor que se recuerdan las páginas más vergonzosas de nuestra historia contemporánea.



JURADO POPULAR

Tercer Premio	<i>El esclavo que dio la vuelta al mundo</i>	Francisco Muñozerro González <i>Médico intensivista</i>
---------------	--	--

Lote de libros de la Fundación Alonso Quijano

A mediodía el joven Enrique oyó gritar con fuerte voz al contraamaestre: “¡Icen velas y leven anclas!”. El imponente barco de madera empezaba a surcar las aguas saliendo del puerto de la isla de Cebú. Las velas extendidas vibraban empujadas por los vientos racheados de poniente, la madera crujía al caminar sobre la cubierta recién calafateada.

Los rudos marinos, capitaneados por Magallanes, algo descontentos por las penurias del viaje, barruntando la idea de amotinarse para volver a casa, se dedicaban a sus labores. Sin haber leído nunca un tratado de navegación, cada uno realizaba con habilidad su cometido, tirando de las jarcias, adujando los cabos, dirigiendo el foque y la vela rastrera para aprovechar mejor los vientos siguiendo un rumbo muchas veces ignoto en busca de un nuevo puerto.

El pequeño Enrique, esclavo, moreno de ojos rasgados, de estatura media para sus doce años, desde la toldilla mira el horizonte. Anda de proa a popa, pegado a la borda, cargado con su cubo de agua y su jarra de latón ofreciéndola a los curtidos marineros para asearse o calmar la sed que les produce estar al sol tantas horas.

El mozo se mueve con soltura, no es su primera navegación, ya ha recorrido unos cuantos mares, no se marea ni le asusta la zozobra, y sabe que don Fernando le aprecia y en correspondencia le respeta como su padre. Siempre le había dicho que cuando muriese, él podría ser libre, y si aprendía el oficio convertirse en un famoso marino. Al ponerse el sol, Enrique sentado en una tabla contempla como se elevan las olas, mientras el barco se desliza.

El día se termina y el viento arrecia, el joven esclavo añora su corta vida pasada, pero a su vez mira su historia presente como un relato de héroes valientes, como los que oía a los marineros antes de dormir. Su vida se convertía en un relato en el que él era el protagonista y quizá el primer marino en dar la vuelta al mundo.



FOTOS DE LA ENTREGA DE PREMIOS





